

Francisco Serrano

MÚSICA DE LA LENGUA

(1999)

Canciones para cantar con guitarra

CANCIÓN CAMPESTRE

SOBRE la cañada
sonaba una flauta.
Detrás de las cañas,
entre los bambúes,
sonaba la flauta.
Tu tañido: el vuelo
raso de las garzas.
De carrizo, de agua
suelta entre los dedos,
el son de esa flauta.

Arrastrando yerbas,
arrastrando ramas,
el agua: viva ansia.
Bajo la montaña,
detrás de la casa,
escucha: la flauta.
Arrastrando sueños
la tarde arreciaba.
Agua que musita
su canción nostálgica.

El son de la flauta:
remanso y cascada.
Sosegada luz,
luz cristalizada.
Las notas, el alma,
qué frescas, qué claras.
Se hace un apretado
nudo en la garganta.
Tañendo la flauta.
Agua sin motivo.
¿Dime, qué escuchabas?

¿Reclamo, lamento,
queja, serenata?

Sol hecho pedazos,
lo sabrás mañana.
Escúchala... Nuestro
corazón soñaba...

ROMANZA DE LOS OJOS VERDES

OJOS verdes,
no me miren
que me pierden.

Ascuas verdes,
ver de mar.
Que no me miren de frente.

Anacrónicamente,
absurdamente, prefiero
que no me tienten.

Mejor que se alejen,
que se cierren y pierdan
entre la gente.

Ojos lánguidos o alegres:
Su rutilar puede
hacer que me vuele.

Lumbre, agua, aire, nieve,
claridad del alba, vivo
sol de los atardeceres,

veladas a la intemperie,
caminos de las ciudades
aeropuertos, vías de trenes,

por lo que más quieran, llévense
la luz de ese par de ojos
que me pierden.

Ámbares iridiscentes,
llamas color de sol
o vertiginosas mieles.

Sea lo que fuere,
no permitan
que me enreden.

Ojos verdes,
no me miren
que me pierden.

Solamente
no me miren,
no me miren, siempre.

EL AMOR ES LO ESENCIAL
(Variaciones sobre un tema de Fernando Pessoa)

A Aldo Brizzi

EL AMOR es lo esencial,
el cuerpo es un accidente.
Puede ser igual
o diferente.

El amor es lo crucial,
el cuerpo es un aliciente.
Puede ser casual
o recurrente.

El amor, lo principal,
el cuerpo es un referente.
Puede ser virtual
o consistente.

El amor, fundamental,
el cuerpo es sólo un agente.
Puede ser brutal
o consecuente.

El amor, lo cardinal,
el cuerpo es un expediente.
Puede ser cabal
o insuficiente.

El amor, lo capital,
el cuerpo es un excedente.
Puede ser venial
o impenitente.

El amor, lo substancial,
el cuerpo es sólo un afluente.
Puede ser real
o inexistente.

El amor es lo esencial.

Insurgente, convergente,
revolvente, incandescente.

El amor es lo esencial.

Cancionero sentimental

CANCIÓN NOSTÁLGICA

SI DESDE LEJOS todavía
puedes reconocerme,
si a pesar de las muchas gentes
y los ásperos años
algo, que nos unió, ha podido
prevalecer en medio
del quebranto del mundo,
y vuelves a oír
el aire de una melodía
que el amor no ha borrado,
dime: ¿evocarás,
así sea sólo un instante,
la sed de aquella dicha compartida?

¿Quieres saber cómo pasé las horas
en que puede anhelar tu pronta vuelta?
Te acordarás de un cuadro:
un valle, en lugares boscosos,
bajo el cielo de un azul apacible.
Ahora déjame también a mí recordarte.
Quizá el tiempo querrá volver
más hermoso lo que alguna vez nos conmovió.
Porque hoy más que nunca me gustaría
saber de ti, aunque ya no reconozca tu voz,
aunque no te cantara...

Pero no. Niégame tu recuerdo.
que la memoria mejor lo haga trizas
como un cristal que cae.
Aléjate, no agitemos las aguas.
Que los años se cierren
sobre el afán que fuimos.
Que el adiós quede nuestro.

CANCIÓN SOMBRÍA

AMANECIÓ sin ella.
El día es un manchón gris.
¡Qué raro es no tenerla!
Es tan frágil la ausencia.

¿Llegará acaso el tiempo
de una tristeza nueva,
en que podré olvidarla,
así, sin darme cuenta,
como si ya no fueran
más que un montón oscuro
de ceniza o de brea
su piel, sus ojos claros,
su fervor, su belleza?

La lluvia en mi ventana
vibra, resbala, tiembla.
Con los ojos abiertos,
¿qué desea, qué sueña?
Con los ojos cerrados
todo en mí la recuerda.

Amaneció sin ella.
En el aire de vidrio
qué diáfana es la ausencia.

CANCIÓN TRISTE

SI EN LA profundidad del bosque
un cedro entre los árboles
me tendiera los brazos;
si de pronto mis pies se unieran a los suyos
y tuviera yo sus raíces
y mis cabellos se agitaran con su follaje
y mi rostro aflorara en su corteza triste,
entonces clamaría a las nubes y vientos
por encima de mí.

Pero vivo, móvil,
y las ramas del árbol,
el viento en su follaje
son fuego en mi frente.
Fuego de una inquietud errante
consumiendo la tierra que me aguarda.

CANCIONES EN EL JARDÍN

1

COMO una aparición, surgiste
en medio de la luz, ligera
y diáfana, bellísima,
entre las rosas y azucenas.
Quise hablarte, y el diablo,
celoso, me anudó la lengua.
Para exorcizarlo, hoy
escribo este poema.

2

ROTUNDA,
 sólida,
 blanquísima,
con la blancura impostergable
del lino muy lavado,
la roja mata de cabello ardiendo
igual que una fúlgida lengua pentecostal,
con una tenue camisa de seda
que ambas tetas espléndidas encomian,
entró, y tras ella un denso y fresco olor
a jabón blando y agua de colonia...

BEAUTY AND THE BEAST

LE COMENTÉ a la hermosa
mi afición a las letras.
Preguntó con sincera,
seductora curiosidad:
¿Qué se siente pertenecer
a una especie en extinción?

CANCIÓN DEL CIVILIZADO

ES CIERTO: he sido antojadizo,
inconstante, promiscuo.
Nunca dudé en tomar
la inagotable variedad
que el placer de las formas
emparejó a mi paso.
La pródiga belleza
que encarnó en tantos cuerpos
no me dejó ignorarla
ni fui reacio al goce repetido
de la profusa carne.
La cariciosa insinuación de un torso,
el ávido temblor de una nalgas rotundas,
no me fueron ajenos, no me arredraron.
¿Por qué habría de privarme
de tanta juventud?

Pero ahora ese impulso
se ha congregado en ti:
sólo en ti se amerita,
sólo por ti se colma.
No te me rehúses por eso.
¿No es bastante que hoy prescindas de todas
para abocarme a ti?
Tal vez he sido víctima
del ardid de tus ojos.
¿Mis razones te inspiran desconfianza?
Deberás aprender
a cuidarte de la autoestima.

que no te induzca a error, pues pese a todo
mi devoción puede ser temporal.

De modo que, convengamos: ahí
donde se acrecienta el amor
radica toda la virtud.

Interludio

FIESTA EN YUCATÁN

1

AL ALBA por el camino
luz de mis ojos
te vestirás de blanco
para empezar la fiesta.

2

Se escuchaban a los lejos
en el aire dorado
risas trinos canciones
murmullos de la vida.

3

Desde muy temprano
las mujeres han puesto
a cocer los tamales
la luz sobre las hojas.

4

Convocar el milagro
sentar a nuestra mesa
bajo flores y palmas
dioses reconciliados.

5

Los árboles los hombres
las torres de la iglesia
aumentan su estatura
bajo el sol augural.

6

En el blanco verano
vestidos blancos blusas
insignias con guirnaldas
el día es aún más blanco.

7

Cielo del mediodía
claras sombras llamean
en los muros antiguos
del gran templo de piedra.

8

La lluvia deja espejos
azules en las calles
¡de pronto ha florecido
un prado de paraguas!

9

La música ancestral
de la lluvia
 la fragancia
del suelo renovado
el mundo ama otra vez.

10

Luego del aguacero
reverbera en los ojos
de ese niño en silencio
todo el fulgor del cielo.

11

El día es más claro
las banderas ondean
allá arriba

las nubes
son la única frontera.

12

Baila para que el mundo
no se detenga
canta
canta para que el tiempo
destelle en nuestras almas.

13

Cálidas y brillantes
gotas sobre los rostros
que la danza ha perlado
de gozoso sudor.

14

No tiene edad ese hombre
con la luz en la cara
sentado en una hamaca
a solas con la tarde.

15

Trompetas refulgentes
su música levanta
humareda de sueños
colmado corazón.

16

Vibran las notas
giran
resplandecen ligeras
como granos o frutos
sobre el campo estivado.

17

Llena de sol
anónimo
 la plaza
palpita
en el centro del cielo.

18

La luz
 cae
 como tormenta
reverberaciones
en las ciudadelas
y las viejas calzadas.

19

Soñar soñar los surcos
del tiempo original
invitar a la vida
de nuevo a germinar.

20

Todo es ascensión
sobre la tierra la luz
el viento los anhelos
en el son de la fiesta.

21

Con los ojos abiertos
caminamos absortos
con los ojos cerrados
a la orilla del sueño.

El agua entre las piedras
el viento por el llano
la hoguera de la fiesta
mañana será historia.

Preludios

PÀGINA 125

ABRO al azar
el prodigioso
diccionario:
de sus páginas
brota
—borbollón de signos—
un haz
de semillas
semánticas,
un aljófara
de palabras
iluminadas:
la cadenciosa
música
de los arabismos

(¿ara abismos?):

ALHAITE. ‘Sartal de joyas’.
ALHAJA. ‘Objeto necesario’.
ALHAJÍ. ‘Planta leguminosa’
ALHAMAR. ‘Manta, cobertor’.
ALHAMEL. ‘Ganapán, mozo’.
ALHAMÍ. ‘Banco de piedra revestido de azulejos’.
ALHANDAL. ‘Coloquintida, fruto’.
ALHANÍA. ‘Alacena’, ‘alcoba’.
ALHARACA. ‘Emoción, agitación’.
ALHAVARA. ‘Especie de harina’.
ALHELÍ. ...

La trama de la lengua,
que enhebra a estos vocablos
en hiladas de signos ordenados
como estipula el alfabeto,
nos deja vislumbrar
un universo
—el lenguaje—
en escorzo,
barruntado tan sólo

en la sonoridad
como de cáliz
de las letras
que el oído percibe
contra el telón de fondo
de su significado:
frutos
de una combinación
¿azarosa?

La poesía es la sinuosidad
con que la lengua
lame el contorno
de los objetos
que un mazo de sonidos
no nos deja
entrever.

La música de la lengua
es y no es
un vehículo
de comprensión
pero conmueve
fibras inéditas
de nuestro entendimiento.

Una especie de tacto del oído.

Tal vez podríamos
ser mejores
(o al menos
vivir mejor)
si aprendemos a oír
la armonía de los signos,
a percibir
su *sentido* sonoro.
La mirada a través de la lengua,
si así puede decirse.

Plasticidad de la prosodia:

ALIMARA. 'Fuego o señal que se hace desde una atalaya'...

la coagulación de un grito
in-oído
recorre
como oleaje invisible
el melifluo
estanque del espejo
(se ha opacado su luna estremecida)
cenital
velocísimo
intervengo
un manotazo
el bicho
está en el suelo
y se infla
y bufa (se diría)
¿iré a pisarla?
arremeto
y en ese
instante un sordo
traquidazo
me cimbra
un estallido
fulgurante y violeta
abre mi frente
veo
visiones:
al doblarme
para concluir mi ataque
me he golpeado
contra
una llave en la cerradura
ostento
ay un relámpago
escarlata en la sien
apuro mi iluminación
semántica
con sorprendida
resignación
raras
veces la lengua
llega a ser

tan explícita
 esto ha sido
en sí
 —cabal logofanía—
sencilla y llanamente
 un arañazo
busco un desinfectante
 mientras
la angélica araña
 desaparece
en el jardín.

LA BELLA JARDINERA

Cupido del agua que tiras flechas...

EN EL JARDÍN de la casa de Lope
de Vega en Madrid, junto al pozo
de piedra en que por años
abrevó el propio Fénix, una joven
jardinera barre las hojas
que esparció el viento de la primavera.

Entre altos muros de tenaz ladrillo
y macizos de rosas, la muchacha
concentrada, solícita,
ejerce su labor.

Menuda y rubia, no
tendrá aún los veintes años.
Se diría de su gracia
que recuerda a Lucinda.

*Verdes tienes los ojos,
niña, los jueves,
que si fueran azules
no fueran verdes.*

Bajo la vieja parra
que ensombrece el brocal

largamente la miro:
qué bien hace su oficio.

Hay un laurel, un naranjo, un granado
y un ciprés en las esquinas, plantados
según dicen, siguiendo
las descripciones del poeta.

En silencio, la jardinera
aliña el empedrado
sendero del jardín.

Me asomo al pozo:
un hondo tubo humedecido
en cuyo fondo tiembla
el escozor de un agua oscura
y no alzada seguramente en décadas.
Allá abajo mi rostro es un manchón
entre burbujas, ramas, hojas.

Pregunto a la muchacha
si se puede beber
del pozo todavía.

*“Esta agua, me responde
con voz encantadora,
es la mejor de Madrid,
y el agua de Madrid
es la mejor de España.”*

Oh bella jardinera,
dame a beber de esa agua
alabada e intacta:
agua de inspiración,
agua ígnea, agua áurea de *La Arcadia*,
aérea agua del amor,
agua de las entrañas de la tierra,
de los cuatro elementos diferentes.

Hermosa jardinera, dame
un poco del agua ésa.

Dos cantatas

FERVOR DE PALENQUE

EN PALENQUE, necrópolis gloriosa,
donde los dioses cíclicos velaban,
los viejos sabios mayas afirmaban
que se abrían las fauces de la fosa

universal. Constelaciones, granos
de maíz, la gran ceiba, el sol, la lenta
derivación del cielo, daban cuenta
de la magia de ser seres humanos:

lúcidos y mortales. Consignaron
ese saber en lápidas y templos,
rubricando con vívidos ejemplos
de estuco y piedra al tiempo, que adoraron.

En Palenque los más aptos artífices
se iniciaban; maestros, conocieron
los astros y los números, se irguieron
con el sacro poder de sus pontífices,

que eran también guerreros, militares
ávidos de cautivos, que en la guerra
buscaron el sustento de la tierra
con sangre de serpientes y jaguares,

y llamaron a Dios con muchos nombres.
(Y a la Diosa también; se sabe ahora
que gobernó en Palenque una creadora
ginococracia un tiempo)... Aquí los hombres,

las mujeres, llevaron el amor
a la extrema exigencia de la búsqueda.
Piedra hecha epifanía de luz, queda
en las ruinas, secreto, su fervor.

Al final de cada año, en el solsticio,
se hunde el sol en los reinos subterráneos;
por eso, grifos figurando cráneos
nombran a este lugar: porque es el quicio

del inframundo. No era un tiempo adverso
sin embargo, si el maya revivía,
hechizado por la cosmología,
el principio que engendra al universo.

El rey se laceraba en el santuario
para exaltar la vida universal.
Un precepto dinástico y ritual
que repetía el mito originario.

En relieves, pinturas, monumentos
figuraron los éxtasis reales:
sangrientas prácticas penitenciales
glorificadas como sacramentos.

Con la nobleza cruel de las pasiones,
el ardor de la vida renovada,
la sangre de los dioses derramada,
forjaron sus fantásticas visiones.

En los ocasos aun puede sentirse
gravitar el misterio, la inmanencia
resplandeciente de una inteligencia
que comprendió que todo estriba en irse

—pero no a cualquier sitio: de sí mismo.
El sabio aliaba, con pasión creciente,
la ubicua eternidad, perennemente,
con la fascinación por el abismo.

(Porque sabe que va a morir, un hombre
no tiene tiempo de aferrarse a nada,
porque sabe que va a morir, nada
deja que se le escape ni lo asombre.)

Al lanzar la pelota entre los aros
de los crepúsculos durante el juego
sacrificial para encender el fuego,
vieron los mayas en el cielo claros

sucesos de perfil premonitorio.
Templaron el espíritu tallando
la quebradiza piedra, escudriñando
el estrellado cielo giratorio.

Poseyeron un extraordinario
sentido del espacio: suspendieron
puentes de una estrella a otra, midieron
el infinito con su calendario.

Atestiguaron un proceso eterno:
vuelve el dios del maíz, vuelven la luna
y el sol bravo a morir, y es que ninguna
cosa hay que escape al túmulo materno.

“Muere antes de morir”, fue su legado.
“Hazte como los seres de la tumba.”
En torno a ti se arremolina y zumba
el clamor de los muertos soterrado.

Por el prodigio de la arquitectura
he aquí que un pueblo de conocimiento
supo cómo negar el fundamento
de un saber esencial: nada perdura.

Han de apagarse los cuerpos celestes,
el pensamiento humano, toda gloria
sacerdotal, los mitos, la ardua historia,
dioses y soberanos con sus huestes.

Terminarán los templos, las ciudades,
las razas, la honda noche del jaguar,
porque ser es apenas un estar
sobre la tierra... al rotar las edades

resurgirán con todo las semillas;
retornarán los astros, los fatales
solsticios, las insignias señoriales
del gran Pacal, que hoy es sólo astillas.

Sí: el cielo, el fuego, el mar, las estaciones,
los hechos y los hombres se suceden
cíclicamente. Los dioses no pueden
no regresar, rezan las inscripciones.

Aquí cifraron los mayas un hecho:
no hay límites y todo es insondable.
El mundo es un misterio interminable
para quien sabe a la muerte al acecho.

Cae la tarde en la ciudad invicta.
Y un hombre al que tocó el misterio, escribe.
Su alma señala al sol; sólo transcribe
lo que el intenso corazón le dicta...

MATRIA PÍA

En esta romería avemos un buen prado.

GONZALO DE BERCEO

CUANDO en su puro seno, alta en ofrenda,
la Matria nos formó, sino y hacienda
dio a cada uno, a cada quien su prenda
de alegría divina. Era su agenda

una baza cordial donde cabía
el mundo en un jardín hecho del día,
y una rara, armoniosa astronomía
como en las cartas de la lotería.

La tierra cobijaba todo el cielo,
las montañas, el sol, el terso vuelo
de garzas sobre el lago, y el anhelo
de fundar Nuestra-Casa en Nuestro-Suelo.

La vida era un festín, y su sonoro
derroche regocijo, y en el oro
de esa gracia opulenta, nuestro azoro
multiplicaba tan feraz tesoro.
No había bajo el disco de la luna
nada que no fuera feliz, ninguna
cosa que no creciera con fortuna:
el bruñido maguey, la fresca tuna.

Pero un día el idilio cesó: sueño
que al alba se disipa. Y el empeño
de habitar el amor, de hacerlo dueño
del tiempo inatrapable, fue, sin leño

redentor y sin culpa, sólo un vano
vagar sin rumbo fijo por el llano
más triste del infierno, tan cercano
que se tocaba el fondo con la mano.

Como el vencido fiel de una balanza
un precipicio de desesperanza
se abatió a nuestros pies, una asechanza
rencorosa del caos, su venganza.

Predominaron el abatimiento,
la vejación, el yugo: noche y viento.
Referiré ese horror, vuelto violento
encono, desamor, llaga, lamento.

Con la sañuda hiel de la escritura
he de vituperarte, Matria impura,
como el mordiente rayo que fulgura
en la zozobra de una noche oscura.

E igual al hombre que en jovial jolgorio
alza su copa y brinda, con notorio
fervor y amplio ademán declamatorio,
puesto de pie en mitad del auditorio,

con tesitura de tenor dramático
sentenciaré en el tono más enfático

y altísono: “La Matria es un errático destino —diré—, el sueño de un lunático.”

Y apenas lo haya dicho, Matria, ¿sabes que pasará? Con un estruendo de aves migratorias, de abigarradas naves al zarpar, una voz clamará: “Alabes

“o denigres el lar de tus mayores,
“la tierra en que naciste, los honores
“que debes a tu gente, o los ignores,
“dándote igual su fama y esplendores,

“no menguará ni un ápice la gloria
“de lo que, a un tiempo eternidad e historia,
“cifra el pináculo de la memoria.
“No confundas el oro con la escoria.

“Nada de lo que hagas, pienses, digas,
“irá en mi deshonor. Con que, si abrigas
“aún dudas, acláralas. No sigas
“vilipendiándome, ni te maldigas.”

Y yo, contrito: “Tienes razón. Perdona si, ofuscado por la ira, que aprisiona, desprecié, absurdamente, aquella zona diamantina y central de tu Persona;

si, orgulloso, mordaz, torpe, frenético, te atacué aquí y allá; si agrio (o patético), confundí el sentimiento con lo herético. No me condenes, Matria, porque un ético

afán me fustigaba... Querer dar a cada cosa su justo lugar ni implica ser traidor ni claudicar. En desagravio, te voy a cantar.

Matria esencial: se aclara en tu fragancia el aire conmovido de la infancia; nube en que se acumula toda el ansia, ardor, fulgor, espejo sin distancia.

Matria pía, consiente que te cite
con versos de tu vate, y te recite
eso de *Patria Suave*, Matria, y te
enaltezca, elocuente, en tu convite.
Porque intento, en los límites del arte,
tener el privilegio de nombrarte.
Matria núbil, permíteme elogiarte,
seguro pedestal, risco, baluarte.

Madre de las estrellas y la aurora,
reina de las hormigas, protectora
del copioso maíz, Nuestra Señora
a quien todo un pueblo ávido enamora:

escúchame, piadosa, oye mi ruego,
recibe este haz de versos que te entrego,
alcázar estelar, torre de fuego,
brasero de copal, ramo de espliego.

Cerco del agua franca, cordillera
crucial: arcilla jade, luz, palmera,
ciudadela del sol, peña aguilera,
(y serpiente enroscada entre la higuera);

copa color de sal, clara vislumbre,
jardín lunar, pirámide, techumbre,
palomar cristalino, solio, cumbre,
escriño mineral, rosa de lumbré;

llano de pedernal, bastión de nubes,
trono del aire, manantial de nubes,
regazo de la bruma, arca de nubes,
madre de los volcanes, flor de nubes;

papaya tropical, roja manzana,
naranja abierta al sol de la mañana,
guayaba del amor, pera temprana,
uva dulce, guanábana lozana.

Todo lo ciñes tú, todo lo imantas,

hombres y astros y pájaros y plantas,
la tierra, el agua, las semillas —santas,
el idioma y el alma, que brillantas.

Que sean llenos de gracia leve, ¡Ave!,
los frutos de tu vientre, Matria suave,
y que esté yo a tu lado, y que la clave
de tu dicha se afine, y que no acabe.

Te tendré en las cosas más simples: chuscas
o tristes, cotidianas, tiernas, brucas;
pretendo anticiparme a lo que buscas
y estar cerca de ti cuando, ascua, induzcas

por sueños, formas de poder, y des
motivo a ilustres causas y efemérides
Pastora del Jardín de las Hespérides,
Guardiana del pozo de la Piérides:

¿Quién en la noche *astral* de los ancestros
—propicia a los mitotes más siniestros—,
invocando la magia de los diestros
brujos viejos de Aztlán, sabrá hacer nuestros

los míticos dominios del nagual
e izar con la Bandera Nacional,
como un símbolo de poder real
que ampare al águila sobre el nopal,

a la Guadalupana, con sus rosas,
sus ángeles placeros, sus hermosas
pupilas, sus estrellas, tantas cosas
que son nuestras, de ti y de mí, asombrosas?

(Hay una imagen, Matria, que en la mente
del poeta arde, con fulgor creciente:
un “sello”, en donde interminablemente
copulan el jaguar y la serpiente).

Y si algún día, por casualidad,
o dado el temple de la voluntad,
el Águila, en su prodigalidad

deja que entremos en la libertad

en la democracia y en la justicia,
Matria, dime, lograda esa franquicia,
¿conoceremos el amor, que auspicia
la abundancia, o la torpe codicia
ancestral, el agravio, la rapiña,
la ignorancia, la incuria, esa morriña,
nos mantendrán en una eterna riña
sin que ninguna traba la constriña,

como una herida inmensa y descarnada
que nunca cicatriza, Matria amada;
perpetuo terrenal, agua quemada,
neblina, polvo, sombra, viento: nada?

¿Será que en cualquier sitio, donde esté
el Paraíso, Matria, estás tú, que
el bien, que es el Espíritu, es la fe
recobrada?... Líbranos, justa, de

las sombras y cruces de Huitzilac,
de los idólatras del Tepeyac,
de los nuevos tecnócratas con frac
y la cáfila prófuga del crac

bursátil, protégenos por favor:
sálvanos de los que aman por amor
al poder, que se funden al calor
del oro flatulento, sin pudor.

Si todo fuera nuevo, Matria, la
música que falta a mi deseo, a
ti sólo se fiaría: el tiempo está
de parte nuestra... Nada faltará

en los cuartos del alma que tú escombres.
Matria mía, admirable, no te asombres
si galante, como hacemos los hombres,
te cortejara con diversos nombres:

Eva, Alamar, Pandora, Donají...
(¡Muchachas!, que tal vez no conocí,
mas sus nombres, de ninfa o zahorí,
me arrebatan el alma, como si

en sus letras vibraran una cabal
metáfora del tiempo original,
y en su cadencia fuera cada cual
enaltecida en mi lecho nupcial)

Señora de mi risa y mis antojos,
cólrame de ti: óyeme con los ojos,
corazón cardinal, lirio entre abrojos,
huéleme con tus tibios labios rojos;

sé la sed que abraza mis sentidos:
un vivo paraíso de latidos;
mírame, gústame con los oídos,
signos de luz, misterios encendidos.

Émula de ti misma, ¿el sol, la miel
podrían simbolizarte, o aquel
esplendoroso ramo de clavel?
¿Quizá querrás quedarte, igual y fiel,

invariable, con el mismo atavío:
un espectro muriéndose de frío?
Mejor la acción, y vivir, como el río,
todos los días como un desafío.

Cambiar, salir, arriesgarse. Tener
el desapego de dejar cualquier
cosa que no te concierna, y hacer
de ese abandono el impulso de ser.

¿Sabes, Matria, preliminar o postrimera,
el poeta tribal, que será y era,
radiosa hija del sol, presencia entera,
restituirte al nombrarte, eso quisiera.

Y ser aquel por quien la lengua vive
y sueña y ama y canta, sí, y escribe,

gracias al cual la sociedad recibe,
como el sediento el agua del aljibe,

su ración de verdad. Y en la frescura
de la ancha tierra, humedecida, pura,
hallar el fuego interno que perdura
vuelto estado de gracia en la escritura.
Y como el prisma —diáfano— refracta
el impalpable rayo que lo impacta,
la efigie de la Matria, triple, intacta,
refulgará en su voz autodidacta.

Para que sea su predilección
y único objeto de celebración
el arrobado de una íntima canción
que avive el fuego en el corazón

de este ser prodigioso, que está vivo
hasta los bordes, pródigo, expansivo,
que imparte con amor equitativo
el santo pan y el sol caritativo;

que ama, arropa, da a luz, cubre, sustenta,
madre e hija nuestra a la vez, violenta
y dulce, grácil, firme, succulenta,
que sabe a vainilla, a anís, a menta...

Desde el sitio donde no hay asidero,
quizá sin viso de esperanza, pero
devoto enamorado, persevero
para concluir tu encomio. Airosa: quiero

Sin confusión, sin miedo, ver el cielo
y entender; desatar el tenue velo
lustral de la belleza, a contrapelo,
guardando para mí sólo el anhelo.

Me apegaré a la tierra y sus afanes,
y al pie de los miríficos volcanes
cuidaré mi jardín. Haré mis planes
con la simplicidad de los refranes.

E igual que un punto en la circunferencia
busca, móvil, su centro, la conciencia
encendida reflejará tu esencia
y tu tacto, tu eco, tu cadencia.

Y al fin, con los sentidos hechizados,
tiraré el pensamiento, y que los dados
formen una constelación, librados
al espacio y al tiempo conciliados...”

Salmo del Mississippi

SALMO DEL MISSISSIPPI

DIOS padre de las aguas,
sinuosa potestad, hijo del limo

de lomos musculosos,
viejo árbol augural

siempre joven, tajante
creador de ti mismo,

red de confluencias, vaso de los cauces,
fruición, flexión, fluidez,

tu ajeteo me incita,
tu correr, tu deriva

invade, arrastra, anega
el tronco de mi sangre,

se enrosca, sube, silba
susurrando se extiende,

late en mis sienes,
cava canales en mi alma;

invariable y distinto,
agazapado, terso, tangente, ágil,

la fluencia de un ofidio o la traza de un ave
te definen, fluctuante,

agua parda y lustrosa;
en el principio dios

niño entre los marjales,
apenas un exiguo,

clarísimo hilo de agua,
acunado en un lago,

crecido poco a poco, te despeñas,
bajas tomando vuelo;

te alimentan entonces
aguas crespas, terrosas,

caudal adolescente,
cuenca y cuenco fundidos,

tallo manso al principio, te haces
turbio, riesgoso, marrullero,

te vuelves como el tigre,
iracundo, retráctil,

feroz en el zarpazo,
como el hombre te haces;

luego lento, mañoso
como un largo retruécano

o un anciano de modo tardo y suave,
fulgor de los esteros, vas entrando en el mar;

viejo río retorcido como una
inmensa mondadura de manzana,

cruzado por altivos puentes iluminados,
suntuoso de cieno, iridiscente,

recorren tus orillas,
fruto de muchas frondas de agua,

altas ruedas rodantes
que mecen desde las riberas

la síncopa del *jazz*, los sollozos del *blues*
bajo la sombra de las plantaciones

y el sonido y la furia y los ultrajes
 (mil infamias sobre la piel luciente

de tus aguas), precipicio y balanza;
 gran río en la planicie,

potencia sin escarpe,
 el abanico de tu nevadura

como un cáliz de plata
 cabrillea en el gran entramado del delta;

como un alfanje al alba,
 aciago y torvo en el ocaso,

ancho río en la noche,
 relámpago o herida a plena luz,

tenso bajo la lluvia,
 acerado, acezante,

soberano cautivo, un pueblo
 de retenes te cerca,

constrañen tus indómitos
 lomos yugos de hierro;

largamente acotado, sujetado por diques,
 ligado por compuertas,

represas poderosas, rápidos vertederos,
 agua apresada y sin embargo suelta;

monarca del pantano, casa del cocodrilo
 río de muchas manos de dedos argollados,

al relente del sol,
 bajo las manchas de la luna,

savia parda, perlada, tumultuosa,
 crecida permanente, prensas

consecuente, obsecuente, bifurcado,
penetrante, dativo,

con la tenacidad de tus pistones,
la contracción de tus anillos,

señor de los esfínteres,
dueño del lodo, multiforme

fuetazo en el abismo,
torrente entre escarpados

farallones calizos,
cayendo allá, cayendo;

o espesa, lenta, undosa
potestad de ojos glaucos,

río a la sombra del bosque
penetrado de aromas,

vas, caudal sin estigma,
encarnando los pasos

sin premura del tiempo,
pasas con lo que pasa:

la arcilla de las estaciones,
el árido arenero

de los días, las horas
que se deshojan, ese sueño;

padre de las lagunas
eres la esencia de la fuga;

patrón de los meandros,
distribuyes tu cuerpo elástico;

amo de los barrajes,
dejas tu huella en todas partes;

jaguar en la planicie
frotas tu pie contra los diques;

arbitrario, reptante,
incluyente, pujante;

enjoyado como un pontífice,
río de obsidianas, no cesas,

espléndido, rodeado de bruma,
revuelto o diáfano, voraz,

y esa fruición de ser en el pasaje
del puro transcurrir, tránsito solo;

hijo del hombre, río
encadenado y libre,

dios de muchos recursos,
guardas tu poderío

inedito, intocable
a pesar de los jorfes;

errante soberano:
no tu caudal te pido,

no esa potencia ciega, el nudo de tu espíritu,
no tu raíz, viejo árbol,

dame tu trashumancia,
ejercítame en ese músculo:

déjame saber ser apasionado
desplazamiento sin arraigo,

fervor desapegado,
perpetuo estarse yendo,

abrazar, comprender, saber ser fluido,
superar todo obstáculo,

río que no terminas nunca,
infúndeme ese aliento.

Nueva Orleans, 27 de junio de 1999.